

# Amistad entre mujeres: de lo fútil a lo vital

"Roxana y yo nos contamos todo,  
ella me motiva mucho... yo pienso en  
Roxana como amiga, ella es como yo soy  
y le han pasado  
cosas y ha sufrido...como yo"

*Fresia*

L

as relaciones entre mujeres son el resultado de procesos de separación y negación que se fundamentan en estereotipos, temores y rivalidades; pero también son el resultado de nuestra resistencia ante dichas construcciones.

Creemos y actuamos los paradigmas del sistema patriarcal y con ello damos energía a su cuerpo económico, político y social en una complicidad que regresa a nosotras de manera asfixiante. Sí, es nuestra identificación con el opresor, con sus creencias, estereotipos y valores lo que posibilita la opresión de cada una de nosotras. Cuando nos consideramos o consideramos a otra mujer inútil, tonta, mala, chismosa...estamos identificándonos con un discurso que no es nuestro, es creado por quienes se benefician con la existencia del patriarcado, ésas no somos nosotras.

Uno de los discursos de la ideología patriarcal, que tiene sus orígenes en el refrán [que me permito feminizar]: "divídelas y vencerás", y que alude a la construcción de la enemistad histórica entre mujeres, representa uno de los pilares sobre los que subyace su lógica.

Qué peligrosas y poco convenientes, para el patriarcado, resultarán las relaciones de amistad entre mujeres, que han sido y siguen siendo tan invisibilizadas, tergiversadas y menospreciadas mediante una construcción cultural que estupidiza y cosifica a las mujeres y a sus amigas.

*Isabel Gamboa Barboza.*  
Licenciada en Sociología  
Docente de la Universidad Privada  
de Santa Cruz de la Sierra

Cuando nos consideramos o consideramos a otra mujer inútil, tonta, mala, chismosa... estamos identificándonos con un discurso que no es nuestro, es creado por quienes se benefician con la existencia del patriarcado, ésas no somos nosotras

Nos acusan de no saber ser amigas de otra mujer, pero lo cierto es que para ser amigas entre nosotras no nos prepara nadie, sino para todo lo contrario: la enemistad que implica competencia, envidia, rivalidad.

La enemistad entre mujeres se construye sobre la base cultural que exalta nuestras diferencias (de clase, edad, etnia...) presentándolas como aspectos que nos separan irremediamente, y biologiza lo que de común tenemos (la maternidad, la menstruación...) haciéndonos creer que son aspectos que forman parte de nuestro destino natural, y por tanto no tienen mayor trascendencia. Con esto nos ubican en el desencuentro y el antagonismo y limitan el reconocimiento de nuestras historias, únicas, pero con muchos aspectos en común.

Esta enemistad también tiene que ver con que desde la niñez, las mujeres nos aprehendemos a nosotras y a las otras como seres devaluados, pertenecientes a un mundo estrecho: el de la casa o, cuando la suerte es mucha, el de la casa-oficina; con las imágenes femeninas implícitas en los medios de comunicación; con las mujeres adultas que nos rodean -que por lo general viven para y por otros-; con los juegos obligados de casita-muñeca. Elementos que nos preparan con la idea de que las mujeres sólo tenemos dos opciones: o ser buenas (esposas, madres, hijas, dadoras, reproductoras) o ser malas (autosuficientes, libres, autónomas, cuidadoras de nosotras mismas); la línea entre una y otra es débil y vivimos con temor de traspasarla. Este temor determina, además, la forma en que nos relacionamos con otras mujeres.

Aunado a esto, la imagen histórica que los hombres hacedores de las diferentes religiones han creado de nosotras: Eva la astuta y engañadora; Salomé la seductora; Pandora encarnación del mal y de la muerte; son mujeres que nos recuerdan que todas somos malas por naturaleza. Los ejemplos de la supuesta maldad femenina están aquí para decirnos: "las verdaderas amigas no existen", "en las mujeres no se puede confiar", "las mujeres son chismosas y desleales", "los hombres son mejores como amigos" y nosotras aceptamos y repetimos [¿olvidamos que somos ésas de las que hablamos?].

Ergo, si todas las mujeres son potencialmente malas, yo no quiero confiar ni estar cerca de una de ellas, no vaya a ser que me confundan.

Y más aún, ya que siempre hemos visto a los hombres -que son quienes gozan de los privilegios del patriarcado- como ganadores y a las mujeres como perdedoras, la relación de amistad de una mujer con otra no se presenta como algo importante. Incluso vemos a muchas mujeres alardear de que prefieren la amistad con los hombres y de que no pueden entenderse con otras mujeres.

Producto de esto y de la creencia generalizada de que la competencia es requisito *sine qua non* para sobrevivir, las mujeres competimos, desde la subordinación, por espacios generalmente orquestados por algunos hombres (concursos de belleza, puesto de esposa ideal, madre abnegada, novia virginal, niña agraciada...) y que no nos aportan beneficios en sí mismos; esta competencia la vivimos descalificando a las demás, por

aquello de que para que existan las buenas, las malas son imprescindibles [recuerdo a una que dijo: si todas fuéramos malas ¿qué importaría ser buena?].

Pero también la enemistad entre mujeres es producto de un miedo al lesbianismo -[¿Por qué será que dejamos de andar de la mano de nuestras amigas cuando se supone que estamos en edad-hombre, o sea, casaderas, mirables, deseables para ellos?]- como expresión de amor, respeto y complicidad entre mujeres, miedo colectivo porque pone en peligro la supremacía masculina cuya fuente de poder principal es la sexualidad y el miedo de cada una, de cruzar la línea del mal y ser señaladas como incorrectas o perversas.

La puta, la zorra, la mala suegra, la solterona, la viuda alegre, la madrastra; modelos creados por una cultura misógina, que reproducen el desprecio y la división entre mujeres. En desafío, reconocer que somos mujeres -ni putas, ni señoras- sólo mujeres, y rechazar que nos simplifiquen y nos clasifiquen, posibilita el amor por nosotras mismas y por nuestras pares. Ya que esos modelos nos controlan, cuando deje de importarnos, ese control dejará de ser.

Como resultará evidente para las lectoras, tanta insidia, si bien dificulta, no acaba con la amistad entre mujeres; dentro de tantas contradicciones hemos podido ser amigas y todas tenemos en nuestra memoria una amiga con la que, en algún momento de nuestra vida, nos hemos amado y cuidado. En nuestros momentos más difíciles siempre ha estado una amiga que nos escucha, nos habla, nos presta algo, nos regala; una con la que nos hemos podido ver como cómplices. Es importante reconocer que nuestras relaciones están marcadas por una gran complejidad y paradoja, pero que eso no es malo, sino parte

En desafío, reconocer  
que somos mujeres -ni  
putas, ni señoras- sólo  
mujeres, y rechazar  
que nos simplifiquen y  
nos clasifiquen,  
posibilita el amor por  
nosotras mismas y por  
nuestras pares

del proceso vital que incluye a veces el odio, a veces la envidia, pero también el amor y la sororidad.

Si la enemistad entre mujeres se basa en estereotipos que nos dañan, la amistad es revolucionaria en sí misma, pues contradice esos estereotipos sexistas profundamente arraigados en nuestro inconsciente.

Anaís Nín y June, Simone De Beauvoir y Zaza, Frida Kahlo y Dolores del Río, Greta Garbo y Mercedes de Acosta: amigas o amantes, relaciones que nos recuerdan que la amistad entre mujeres es una antigua forma de resistencia femenina ante el patriarcado y una muy buena manera de andar acompañadas.

#### Bibliografía

- Lagarde, Marcela. **Enemistad y Sororidad: Hacia una nueva cultura femenina**. Ediciones de Mujeres N° 17. Isis Internacional. 1992.
- Mizrahi, Liliana. **Las mujeres y la culpa: Herederas de una moral inquisidora**. Editorial GEL. Buenos Aires. 1992.
- Calvo, Yadira. **A la mujer por la palabra**. Ed. UNA. San José. 1990.